

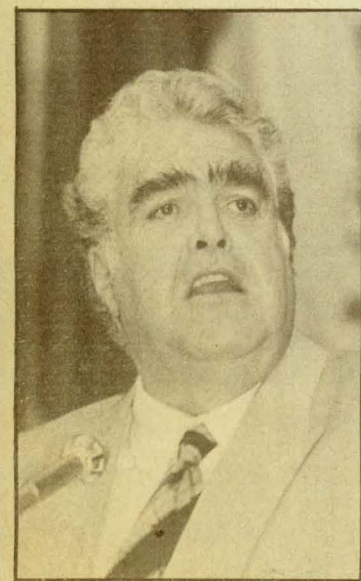
# La tristeza De Pesqueira

## UNA CARTA DE ESTILO RIJOSO Y BRAVERO

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



*Manuel 18-87*



"Pesqueira Olea prefirió practicar un dudoso humor".

Tomo el riesgo de que el Secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos me miente la madre, así de educado y democrático es su modo de responder referencias a su persona. Pero es imposible soslayar la inverosímil carta —con que nuestra revista abrió su correo el número anterior, el 1794, de fecha 11 de noviembre de 1987— en que se retrata a sí mismo, pese a la brevedad del texto, más que responder a un juicio casual formulado también en *Siempre!* por don Manuel Moreno Sánchez.

Eduardo Pesqueira Olea quiso mentarle la madre a don Manuel y finalmente no se atrevió, sustituyendo la mención por tres pudorosos puntos suspensivos, no por delicadeza, sino conforme a la tradición de hipocresía que rehusa llamar a las cosas por su nombre.

Supongo que don Manuel pasará por alto el estilo rijoso, braveno, con que este servidor público enfrenta una calificación a sus tareas. Haría bien don Manuel en no darse

por aludido, pues las cosas se toman como de quien vienen, cuando se es parte de una cuestión. Pero el texto, el contexto y las implicaciones de la carta de Pesqueira no pueden dejar de examinarse públicamente.

Ofendió a Pesqueira que don Manuel lo llamara "triste". Y para probar lo contrario, porque supone que esa palabra sólo implica lo contrario de la alegría, pidió la publicación de una foto en que aparece sonriente. Con Mario Benedetti —ese caballero es un poeta uruguayo, señor Secretario—, habría que preguntarle, "¿de qué se ríe, señor Ministro?". Pero también habría que informarle de otras acepciones del adjetivo empleado por Moreno Sánchez para calificarlo, pues a todas luces las desconoce este abogado a quien se encargó el manejo de los asuntos agropecuarios. Aparte de aflicción y pena, la palabra triste tiene otras connotaciones, quiere decir también funesto, desgraciado, mísero, insignificante, cuyo contenido es más difícil de refutar con una fotografía.

Ignoro el sentido en que don Manuel quiso emplear su calificativo. Tampoco importa mucho, porque la argumentación de Moreno Sánchez se dirige contra una acción del Secretario de Agricultura, no contra una condición de su personalidad. En su artículo ("Ahora vamos a ver... si México quiere democracia", aparecido en el número 1792, de fecha 28 de octubre) el exlíder del Senado censuró que "el triste Ministro de Agricultura y de Recursos Hidráulicos, con Ganadería incluida" regara "millones de pesos en las regiones deprimidas pero no para producir sino para aliviar el hambre de los campesinos y para decir que el campo no se ha descuidado por el gobierno federal", a raíz de que el PRI advirtiera que "en el campo cundía la Corriente Democrática más abiertamente que en las ciudades".

Pesqueira no negó los hechos a que se refiere el alegato de don Manuel. Si lo hubiera hecho, si hubiera ofrecido información que desmintiera al crítico, o permitiera a los lectores formarse una idea cabal del asunto, habría actuado como corresponde a un funcionario de alto rango en un régimen republicano y democrático, en que los miembros del gobierno están sujetos al examen público. Pero es demasiado pedir que Pesqueira adoptara una actitud así de civilizada. En vez de eso, prefirió practicar un muy dudoso humor: conforme al aprendizaje que ha adquirido al manejar los recursos hidráulicos del país, bromeó diciendo que la corriente se quedó en chisguete, ignorando que un chisguete puede ser corriente porque esta palabra denota fluidez, no volumen.

Tampoco rebatió Pesqueira la validez de ese movimiento político.

Simplemente, desde las alturas de su cargo, se limitó a descalificarlo. Claro que es válido, en el debate político, subrayar la incongruencia del adversario. Pero la simplificación en que incurre el Secretario, la falsificación de la postura ajena, hace risible su versión de lo que, presuntamente, mueve a los líderes de la Corriente. Es doblemente risible porque el Secretario no sabe utilizar los signos de puntuación. Remito a los lectores a su carta, donde se ve que antepuso las comillas al paréntesis, cuando debió proceder a la inversa. Debí, en efecto, decir Pesqueira: ("Hubo democracia mientras encabezé las listas; pasó mi oportunidad y no hice nada y todo se convirtió en cerrazón e intransigencia").

Pero dejemos hasta allí la anécdota, porque finalmente el recado de Pesqueira a don Manuel no pasa de esa condición. Lo que importa es precisar, intentarlo siquiera, sus implicaciones, sus causas. Una de estas últimas consiste en que el autor del texto presuntamente impugnado por el Secretario es un heterodoxo, un cismático. Y ya se sabe que los dogmas organizados persiguen hasta la muerte a sus herejes. Presidente de la Gran Comisión del Senado de la República entre 1958 y 1964, don Manuel transitó hacia fuera del PRI y del sistema al punto de que su crítica (iniciada con vigor en 1968) se transformó en acción y fue en 1982 candidato a la Presidencia de la República, por un partido contrario al PRI. Eso que para los priístas es una defecación no le será perdonada jamás.

Pero no es sólo la irritación que un presunto tráfuga produce, lo que revela la carta de Pesqueira. En el fondo hay una actitud despótica contra un ciudadano que osa discrepar. Tal actitud nace, a mi entender, de una doble circunstancia. Por un lado, el desdén estructural, antirrepublicano, antidemocrático, con que se soporta a los ciudadanos en no pocos sectores gubernamentales, donde priva la tesis del marqués de Croix, según la cual los súbditos, que no ciudadanos, hemos nacido para callar y obedecer y no para interferir en los altos asuntos del gobierno. La otra circunstancia es el arribismo de quienes de golpe y porrazo se alzan hasta puestos en el gabinete, no sin merecimientos necesariamente, pero con esos merecimientos abultados por la buena voluntad presidencial. Ese es el caso de Pesqueira, que en el sexenio anterior recorría cargos de tercer nivel en áreas tan diversas como la coordinación de finanzas del Canal 13 y la jefatura de delegaciones de la SPP y se vio de pronto habilitado como director del Banrural y más tarde como responsable de una área tan sensible como es la producción del campo.

Uno de los efectos que tal situación provoca es la alteración del juicio que cada quien tiene de sí mismo. Y de pronto quienes no son políticos pero están en situación en que se requiere serlo, creen que lo son, y expresan aspiraciones de ese género. Se habla, por ejemplo, de las posibilidades de Pesqueira para ser gobernador de Morelos. Es uno de los funcionarios vinculados con esa entidad porque tienen allí su casa de fin de semana, privilegio reservado a no muchas personas en un país inmensamente pobre. Eso ha bastado para que el Secretario de Agricultura ingrese en el elenco de quienes pueden ser agraciados con esa gubernatura. Bueno, no; no es sólo eso lo que provoca tal resultado. Es, principalmente, el afecto que le dispensa el Presidente, revelado en las magníficas promociones que le brindó, la causa de su inclusión en la lista de los posibles.

Los intereses de los morelenses en general, y los de los políticos profesionales de la entidad, en particular, quedarían lesionados si Pesqueira, con la delicadeza y sensibilidad política de que da muestra su carta sobre Moreno Sánchez, fuese escogido como candidato. Por fortuna, el Presidente tiene afecto también por otras personas que aspiran al mismo cargo: don Jesús Rodríguez y Rodríguez, director de la Lotería Nacional; y don Jorge Carrillo Olea, subsecretario de Gobernación. De modo que, si de preferencias personales puramente se tratara, no es seguro que Pesqueira fuese elegido. Con lo cual los morelenses se salvarán de que el ahora Secretario de Agricultura practique la doctrina Sabines, llamada así desde que el extinto don Juan remitió a los chiapanecos a chingar a su madre.